



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1088

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 28 DE FEBRERO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico con letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Campartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTÍAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.		44.028.645
TOTAL.		56.028.645

33 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 64.650.087,42.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vias, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquina ria.

AVISO

Del 15 al 20 del corriente mes saldrá para Málaga el conocido y afamado

DENTISTA ITALIANO

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI, y estará ausente hasta la feria, en cuya época regresará para atender á su numerosa y distinguida clientela.

Consulta permanente.
Calle Honda, 11, principal.

CONTRASTE

Será todo lo estrafalario que se quiera nuestro carácter; pero así es y no puede ser de otro modo; ni el tiempo ni los sinsabores lo han modificado á través de los siglos y no hemos de pretender que lo que no ha sucedido en tanto tiempo suceda ahora.

Tocando la guitarra y cantando la jota han ido nuestros soldados á la guerra; y aun allí mismo, en las mangas cubanas, donde los mambises, la fiebre y el vómito acechan traicioneros para destruir á mansalva vidas de españoles, no ha decaído el humor de nuestros soldados, como no ha decaído tampoco el valor legendario de los hijos de España, que ora escriben una página gloriosa en el Guano, ora en Cascorro, ora en tantos y tantos lugares del mundo cuantos son los que han sentido sobre sí el peso de nuestro ejército.

Ir cantando á la guerra es un contraste; acusa en quien lo verifica ausencia de temor, carencia total de esas preocupaciones que parece debieran influir sobre el espíritu de quien lleva acechada la vida por peligros múltiples y desconocidos que amenazan sin saber por donde.

Ese modo de ser del soldado español es el vivo reflejo de como es la sociedad de donde procede. Él se bate como un león, asalta las trincheras enemigas y las corona, y cuando vuelve al punto de donde salió la columna de que forma parte, después de un día de grandes peligros y de no pequeñas fatigas, se reúne con sus compañeros en la plaza pública, á bailar al son de la charanga del batallón ó á entonar soleares y malagueñas al copás de encordado y morisco instrumento.

La sociedad en tanto hace lo mismo. Hoy se alarma é indigna al observar el trabajo de zapa de los yankees y al sentir el calor de la sangre que la injuria lleva á su rostro, y mañana se cubre la cara con un antifaz y corre por la vía pública y llena los salones de baile lanzando por doquiera carcajadas de loco.

Esto nos acarrea algunas censuras; pero así eran los españoles de principios del siglo y, sin embargo, pusieron el nombre de España en lo más alto.

El contraste que ha ofrecido España estos días de Carnaval es algo triste; pero no hay que olvidar á aquellos manolos y chisperos del pueblo de pan y toros que eclipsaron con su heroísmo la estrella de Napoleón.

GLOBOS NACIONALES

Expulsión de los árabes de la plaza de Alhama.

28 de Febrero de 1483.
Muchas y gloriosas páginas se registran en nuestra historia militar por las grandes victorias alcanzadas en las continuadas luchas, con el enemigo que en tiempos pasados invadió España y escarmentó nuestro fé de cristianos. La toma de Alhama dá prueba frecuente de que el soldado español sabía vencer allí donde tocaba en defensa de la enseña del cristianismo.

La última época de la dominación de los árabes en España, fué un período no interrumpido para ellos de intranquilidad, pues los cristianos no dejaban de hostilizarlos á cada momento.

Alhama, plaza situada no á muchas leguas de Granada, los árabes confiados en la proximidad de esta. Aprovechando esta circunstancia D. Pedro Enriquez, gobernador de Andalucía, se puso de acuerdo con algunos capitanes, entre ellos D. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, el que tenía un ejército en su villa de Marchena formado por 3.000 infantes y 2.500 jinetes.

Marchando solo de noche pudo llegar á los tres días á un valle próximo á Alhama y muy de madrugada, el valeroso Juan Ortega, al frente de 30 soldados, pudo con grandes precauciones trepar por las rocas en que se asienta la fortaleza, sorprender la guardia y facilitar la libre entrada de las tropas mandadas por el marqués de Cádiz que se hicieron dueñas del fuerte.

Notado esto por la guarnición de la ciudad, se preparó á la lucha y con tanto coraje principió á batir á los cristianos, que estos se vieron obligados á abandonar las posiciones que tenían tomadas y guarecerse tras los muros de la fortaleza que habían tomado. El marqués de Cádiz ante tanto arrojo por parte de los árabes ordenó se abrieran brechas en diversos puntos del muro y conseguido esto, atacó por distintos lados á los infieles, los que apesar de la bravura con que se defendían fuéronse batiendo en retirada hasta conseguir refugiarse en la mezquita.

Cercados en ella por las tropas cristianas y amenazados por las llamas que invadían su templo se decidieron á hacer una salida desesperada en la que perecieron la mayoría de ellos, quedando prisioneros los supervivientes.

En poder ya de los cristianos la plaza de Alhama, se hicieron dueños de un rico botín de alhajas de oro y muchos objetos de gran valor.

César.

(Prohibida la reproducción.)

Los últimos bailes

Los últimos bailes de máscaras, porque los otros se repetirán aquí, sabe cuantas veces de aquí á que se nos vuelva á dar permiso—ó nos lo conceda—para ponernos la careta.

Y han sido bien aprovechados. Como que era la última ocasión que se presentaba, para buscar ellos la mascarita de sus sueños y ellas el apuesto doncel que les anunciaba el corazón.

El baile de Piñata! Con cuanta impaciencia es esperado y con qué descontento es despedido. Entre raudales de luz se deslizan multitud de mascaritas por el salón de baile, llenándolo de perfumes, animándolo con su charla que suena en el alma á música celeste, desafiándonos á adivinar el rostro que el raso oculta y que parece hechicero por lo que deja descubierta de las mejillas.

¡Qué lindo pierrot! ¡Qué hermosa maga! ¡Qué gitana más retrechera! ¡Que...! Y la vista va pasando de una en otra mascarita, llevando al espíritu sensaciones y embellezas; la fantasía va transformando el salón en edem, las mascaritas en hadas y el alma va volando de una en otra feliz y contenta.

De pronto se interrumpe la música; desaparecen los pierrots y las magas y las gitanas retrecheras bajo los amplios abrigos; disminuye la luz, y la soledad y el silencio se hacen dueños del recinto.

El baile ha terminado. ¡Qué lástima! En el salón queda alguna prenda olvidada, papeles rotos. Hay allí algo que huele á muerto y produce tristeza y frío.

Efectivamente, allí se ha muerto algo: se ha muerto una ilusión que nació con el Carnaval y se agostó con la Piñata.

EL BAILE DEL CASINO

Con la misma animación que en los bailes de Carnaval celebró anoche en los salones de este distinguido círculo el de Piñata, y en ellos se dieron otra las gentiles y hermosas cartageneras, vestidas unas con elegantísimos y bonitos disfraces y luciendo las demás el espléndido traje de salón.

Donde quiera están las infieras españolas, hay hermosura que embelosa,

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 516

—Ya está resuelto.
—¿Qué?
—Voy á subir. No la puedo olvidar... La amo, la deseo y estoy decidido á todo.
—Bien, señor. Es decir...
Carlos no contestó, se arrolló del mejor modo que pudo la capa que le cubría, y trémulo, desvanecido, delirante, puse el pié en el primer travesaño de la escala.
—¿Eguia, donde me esperas? dijo sordamente.
—Aquí.
—¡Oh! no te separes de este sitio.
—No me separaré.
—Procura esconderte si pasa alguna ronda.
—Desocuide V. M.

El rey no dió contestación y principió á subir con esa intrepidez que comunica el deseo, la impaciencia y el temor.

Su corazón golpeaba en tales términos que parecía iba á estallar. Sacudimientos nerviosos recorrían todo su cuerpo, y de este modo fué ascendiendo hasta que se halló á dos varas del balcón.

Entonces oyó un ruido extraño que sonó dentro del cuarto que él suponía ser de Enriqueta Ponzoa.

Se estremejó de nuevo y se detuvo. Miró hacia arriba y vió que la luz se había apagado.

CARLOS II EL HECHIZADO

517

—¡Ah! quiere recibirme á oscuras... mormuró para sí. La vergüenza y el pudor la habrán obligado á adoptar este recurso.

Enseguida subió los pocos escalones que quedaban y fué á mentarse en el barandaje...

Ahora para la mayor inteligencia de estos acontecimientos, dejemos á S. M. con el pie levantado, la mirada fosforescente y el rostro encendido, y pasemos á explicar qué clase de ruido era aquel que habla oído al tiempo de llegar á la altura del balcón.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 520

—¡Oh! sí... sí... lloro, contestó la mariscal con desesperación.

—Pero en nombre del cielo no me martiricéis. Decidme lo que sepáis.

Diana en vez de contestar, principió á vertier un torrente de lágrimas. Hay, en el silencio solemne y en el dolor mudo de una mujer cierta grandesa que aterra y oierta magestad, que divinizan.

Ana quedó herida por un espantoso estupeor.

Ninguna de las dos habían pedido poner un velo sobre sus sentimientos; estas eran superiores á cuanto habían imaginado, y de aquí el que dejasen flotar sus pesares sin que ellas tratasen de ocultarlos.

—Mirad, mormuró la mariscal después de un momento de reposo; es preciso que os preparéis para recibir una noticia dolorosa... Fiel á mi palabra vengo aquí impulsada por la rapidez de los acontecimientos y la pena que destruye mi corazón. ¡Oh! Dios que sabe la verdad de todas las cosas, me da fuerzas para esta escena terrible.

La desgraciada Ana temblaba llena de angustia y angustia.

—¿Luego habéis sabido de Marling preguntó con mortal inquietud.

—Sí.